



Juan Rejano: un homenaje nacional necesario. (Foto: TER.)

Homenaje a Juan Rejano

Como acto previo al homenaje nacional que se celebrará en fecha todavía no determinada, pero dentro de este año, en Puente Genil, donde naciera en 1903, el poeta Juan Rejano, otro camarada inolvidable desaparecido —el 4 de julio de 1976— cuando estaba a punto de trocar el paisaje de su largo exilio por el de la Patria siempre evocada en su poesía, la Universidad de Madrid ha promovido en el Colegio Mayor San Juan Evangelista —y dentro del marco de la II Semana de Andalucía— un primer encuentro con este gran poeta, no valorado suficientemente hasta ahora quizá por el desconocimiento que de su obra han impuesto la lejanía y la censura, y a cuya mejor comprensión, muy probablemente, contribuirá de forma decisiva la antología que con el título "Juan Rejano: Poesías" presenta ediciones Demófilo, de la mano de Esteban D. Fernández y Miguel A. Toledano, como anticipo, que nos sabe a poco, de la edición de su obra poética completa que prepara Aurora de Albornoz, esa gran conocedora de la poesía española contemporánea en general y de la realizada por poetas nacidos en Andalucía en particular, quien hizo una cálida introducción al conocimiento de su vida y de su creación literaria.

Un público interesado y cordial, entre el que se encontraban las dos hijas del poeta, siguió con emoción tanto la esquemática pero rica charla expositiva como el breve recital que nos regalaron las voces de Tina Sainz, Juan Diego y Rosa Vicente,

camaradas de nuestro frente cultural. Quizá el momento de mayor densidad emotiva lo constituyera aquel en que se recitaron, del *Libro de los homenajes*, el poema dedicado a Simón Sánchez Montero en un momento supremo y difícil de su vida, cuando fue torturado inmisericordemente en 1959, uno de los poemas de más alta entonación lírica de su autor —y cuyo destinatario se vio obligado a saludar en correspondencia al cariño de los asistentes—, y el impresionante homenaje, irreversible, por desgracia, a Julián Grimáu. Los poemas de *Fidelidad del sueño*, *El Genil* y *los olivos* o *El río y la paloma* fueron sucediéndose quizá ante la sorpresa de la inmensa mayoría de los que allí escuchábamos, un poco asombrados, si no estuviéramos ya curados de espanto, de que se nos hubiera podido ocultar durante mucho tiempo una voz de tan clara entonación, un río de tan profundas —y paradójicamente también cristalinas— aguas. Un fragmento del poema *Tiempo*, dedicado a una española que todavía no está con nosotros, Dolores de nombre —otro río, nacido éste en el hierro de Gallarta y que se llama Río Pasionaria— cerró un acto entrañable en que la cultura y la política demostraron que, a veces, ambas no son sino las dos caras de un mismo valor: aquel que hace posible y fructífera la convivencia entre los seres humanos.

Madrid, 27 de abril de 1977.

CARLOS ALVAREZ

José Renau, un artista comunista

Recientemente regresó nuestro entrañable camarada y amigo José Renau, en torno al cual nos reunimos en una taberna madrileña para expresarle nuestro cariño. En esa ocasión pedimos a Juan Antonio Hormigón presentara al gran artista valenciano a las generaciones que han crecido durante su larga ausencia.

Nació Renau en Valencia en 1907. El oficio de su padre, profesor de Bellas Artes y restaurador, le lleva a moverse pronto y con soltura entre cuadros y pinceles. A los catorce años ingresa en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos y en 1928 expone por primera y única vez en Madrid, con éxito que le crea un terrible desasosiego.

Sus trabajos de publicidad le permitieron ganarse la vida desde muy pronto. Los viejos litografistas valencianos o sus hijos recuerdan todavía su labor de aquella época. Pero entre tanto Renau se preguntaba constantemente, entre tumbos, qué sentido dar al arte en la sociedad. Por un camino de dudas y tanteos descubre el fotomontaje, cuya práctica inicia en la dirección del surrealismo para pasar después al "agit-prop".

Tras un período de escauceos anarquistas, ingresa en 1931 en el Partido Comunista de España. Desde entonces participa activamente en las luchas políticas y centrífuga a su alrededor lo que será el primer grupo organizado de intelectuales del PCE. Gracias a su iniciativa, y tras una entrevista con el secretario general, José Díaz, en 1934, nace la revista "Nueva Cultura", dedicada fundamentalmente a la lucha antifascista y popular. Renau dirige y costea inicialmente la publicación, que será una de las fundamentales del período republicano. Antes, en 1932, funda la UEAP (Unión de Escritores y Artistas Proletarios), primera filial española de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (AEAR), con sede en París. El prólogo que el propio Renau ha preparado para la edición facsimilar de "Nueva Cultura" aporta datos enjundiosos sobre este período.

Durante los años de la República Renau trabaja activamente en el campo del fotomontaje y del

cartel. Suyos fueron muchos de los empleados en las elecciones de 1936. Al producirse el levantamiento militar participa en la defensa de Valencia. Ese mismo año, con el Gobierno Largo Caballero, es nombrado director general de Bellas Artes. Su labor al frente de este departamento, en plena guerra civil, es enorme. Bajo su dirección se crea el Consejo Nacional del Teatro, se instala el pabellón de París, para el que encarga un gran mural de Picasso, que será el "Guernica", y, sobre todo, se lleva a cabo el salvamento del tesoro artístico nacional de los museos de Madrid.

En este tiempo Renau descubre el muralismo y su sentido plenamente social de arte público y civil por excelencia. La visita de Siqueiros a Valencia en 1937 le revela todo un mundo desconocido. Al producirse la derrota de la República y el exilio marcha a México y colabora con el gran pintor en varios trabajos, fundamentalmente "El retrato de la burguesía", para la sede de la Unión de Electricistas.

El exilio no supuso para el trabajo de Renau un impedimento insalvable. Supo sobreponerse y seguir adelante. Como le gusta decir, "su propósito fue desde el principio volver siendo más que cuando se fue". Lo ha conseguido con creces. Sus series de fotomontajes "American way of life" y "Fata Morgan USA" le sitúan junto a Rodchenko o Hearfield, entre los maestros de esta forma expresiva.

Renau volvió fugazmente en el verano de 1976. Ahora está otra vez en España. El 19 de abril se inauguró una exposición suya en Valencia —antes lo ha sido en Barcelona, en el conjunto de la Biennale veneciana—. Ha aparecido ya su "Función social del cartel" y pronto otros títulos.

J. A. HORMIGÓN

Cine:

Una película ética

Largamente retenida por la censura, "Queridísimos verdugos", la última película de Basilio Martín Patino, ha podido llegar, por fin, a las pantallas españolas. Martín Patino tiene el honor de ser uno de los directores españoles que con mayor fuerza ha sufrido la inquina inquisitorial del Ministerio de Información y Turismo. Recordemos que su primera película, "Nueve cartas a Berta", se estrenó con atroces mutilaciones, y que "Canciones para después de una guerra" ha tenido que esperar durante largos años el "nihil obstat" oficial, tras una rocambolesca historia de dimes y diretes gubernamentales a los que no fueron ajenos los fallecidos Alejandro Rodríguez de Varcárcel y el almirante Carrero Blanco.

"Queridísimos verdugos" es un alegato duro, firme, preciso, contra la

pena de muerte. Para llevarlo a cabo, Patino, siguiendo los pasos de Daniel Saeiro, ha buscado a unos verdugos, esos hombres a los que la sociedad encomienda el atroz trabajo de quitar la vida a quienes considera irrecuperables. Y a tres verdugos concretos: los verdugos españoles.

Una de las características de la película de Patino es su negativa a caer en la trampa de la retórica y del discurso moralista. Su propósito es sencillo y concreto: mostrarnos el horror absoluto y sin paliativos, encarnado en tres hombres, a los que la sociedad margina por igual que a los delincuentes a los que ejecutan. Tres hombres que no han caído del cielo, sino que tienen una historia, un pasado, un tiempo, una clase social. Dos de ellos —los más brutales— proceden de un medio claramente "lum-

pen". El otro, el ya fallecido verdugo de Sevilla —administrador de justicia, como gustaba llamarse— es un personaje más complejo: un antiguo guardia civil, poeta a ratos, devoto creyente y, como sus compañeros, impregnado de una filosofía casera hecha de fatalismo y de ciega obediencia a "los de arriba".

La anécdota son esos tres hombres, sus palabras, sus actitudes ante la vida. La figura del verdugo, que ha fascinado a tantos artistas y literatos, en la película de Patino pierde todo aura misterioso y satánicamente siniestro. Se trata de tres hombres a los que una sociedad corrompida hasta la médula no les ha dado otra opción que matar con las bendiciones oficiales. Por ocho mil pesetas —8.000— al mes, más una gratificación de 4.000 pesetas por ejecución, estos hombres viven pendientes



del telegrama que les convoque a cualquier punto de la geografía española para cumplir con su terrible tarea.

Magistralmente, Patino contrapuntea su relato con la historia de sus víctimas: criminales famosos como El Monchito o Jarabo, y luego otros desgraciados, ya olvidados, pobres miserables arrastrados al crimen por la locura o por la necesidad. Sin caer en ningún didactismo, "Queridísimos verdugos" nos enseña, con absoluta nitidez, que la justicia tiene un ca-

rácter de clase, que el garrote se hizo para los pobres y para los rebeldes. La espantosa historia de Martínez Expósito —uno de los últimos ejecutados por delito común en el país— es utilizada por Patino con excepcional dramatismo: la entrevista a los padres que esperan vanamente el indulto, la intervención del abogado defensor, la descripción del medio social del reo, tienen una intensidad casi insoportable. Como la tiene el rostro de Puig Antich en uno de los planos finales de la película.

Es evidente que Patino no podía entrar más a fondo en la actividad de los verdugos españoles: recordar viejas historias de represión política. Aun así, con inteligencia y con tacto, nos lleva hasta donde puede. En otro momento, quizá, esas historias serán contadas. En "Queridísimos verdugos" era imposible hacerlo. Pero con una honestidad ejemplar, Patino nos da claves y pistas para reconstruir un ayer todavía demasiado cercano.

El principio y el final de la película apuntan más allá de esos tres personajes macabros y la sociedad que los genera y necesita. La violencia reaccionaria asoma su rostro detrás del policía que pisotea a una mujer pistola en mano, exhibiéndose como si hubiera obtenido un trofeo de caza, en el rostro enloquecido de los "marines" que apuntan hacia un enemigo omnipresente y ubicuo sus bayonetas, en los soldados de Pinochet que golpean a un pueblo indefenso. El mensaje de "Queridísimos verdugos" es un mensaje universal. No se agota en la miserable vida de los tres matadores y sus víctimas. Apunta hacia la brutalidad estructural, hacia la injusticia institucionalizada.

Con "Queridísimos verdugos", Martín Patino ha conseguido una obra sobrecogedora, su obra maestra. Ha dado la talla de un artista, para el cual el cine no es un instrumento de evasión, sino de reflexión crítica y de propuesta transformadora.

FELIX MURIEL